



Imagen 1.- Escenario de la travesía y del desembarco en la actualidad.

¡Allah akbar! La conquista del paraíso.

Ángel J. Sáez Rodríguez

El temporal de Levante había por fin amainado unos días atrás y parecía que la primavera iba a enseñorearse, otra vez, del Estrecho. La pequeña flota de galeras atravesaba el brazo de mar impulsada por una brisa fresca. Conducía a una oleada de guerreros bereberes que seguía los pasos de Tarif ibn Mallik, quien el año anterior había dirigido una cabalgada contra las tierras del sur de Hispania tras tocar tierra en Tarifa y ahora volvía a formar parte de la expedición

invasora. Había partido de *Septem* antes del alba, cuando el sol aún no había coronado el Hacho, en busca de una tierra rica en agua, en pastos, en tierras de cultivo y en ciudades. Una tierra que prometía aventuras y futuro para sus hijos. Una tierra llena de infieles y de *ganima*, el botín que animaba las más férreas voluntades.

Tariq ibn Ziyad, el *Tuerto*,¹ aferrado a una driza, encabezaba el último viaje de la fuerza invasora.² En los montes grisáceos que se adivinaban allí al Norte, entre la bruma marina, le esperaban la victoria, la fama y la gloria. Debía

hacer saltar el cerrojo del país de los Rom, para abrir sus campos fecundos a quienes lo habían de seguir, con Musa ibn Nusayr a la cabeza. El gobernador yemení del norte de África, su señor, tenía ese privilegio. Como representante del califa omeya de Damasco, Ulit (de verdadero nombre Al-Walid ibn 'Abd al-Malik), hombre extraordinario y digno sucesor del Profeta, quien había ya sometido la India, debilitado la Romanía, arrasado Libia y subyugado toda la Mauritania,³ disponía de su suerte y de la de los suyos.

La expansión imparable de la verdad predicada por Mahoma, ¡Dios bendiga a su Profeta, elegido de entre lo más puro de los árabes!,⁴ así lo exigía. Sólo unas décadas atrás, la palabra liberadora de Allah no era alabada más allá de los arenales arábigos, en las tierras sagradas de La Meca y Medina. Ahora, gracias al fervor de sus seguidores, a la férrea voluntad de los califas y al empuje piadoso de sus hijos, era invocada desde Oriente a Occidente, a todo

¹ MENÉNDEZ PIDAL, R. *Primera Crónica General de España* (ed.), Vol, 1, Ed. Gredos, 1977, pp. 306-310.

² ABD AL-HAKAM, *Ibn Conquista de África del Norte y de España*, E. Vidal Beltrán (trad. y notas), 1966, p. 42.

³ LÓPEZ PEREIRA, J. E. *Crónica mozárabe de 754*, (edic. y trad.), Ed. Anúbar, 1980, p. 67 y ss.

⁴ AL-SAQUNDI ABU-L-MALID ISMA'IL IBN MUHAMMAD, *Elogio del Islam español (Risala Fi Fadl al-Andalus)*, E. García Gómez (trad.), Madrid, 1934, p. 118.

lo largo del Mediterráneo. Y pronto arrollaría a los cristianos en sus tierras frías y lluviosas del norte, desterrando de ídolos sus templos para siempre. Estaba seguro: tras las montañas transductinas⁵ le aguardaban la victoria, la fama y la gloria. Y, si la Fortuna le era esquiva, iría al encuentro de la muerte sin pesar, porque nada lo haría volver sobre sus pasos.

La zona del Estrecho que había de cruzar apenas si medía 130 estadios.⁶ Eran menos de 17 millas náuticas las que lo separaba de las playas bajas y arenosas que, más allá de *Iulia Traducta*, entre *Carteia* y el pilar de *Herakles*, le permitiría desplegar a sus fuerzas en orden de combate, organizar su caballería y tomar la iniciativa ante cualquier ataque de los cristianos. Con ese viento constante por la aleta de estribor tenían garantizado el crucero de 4 nudos y medio a la hora, para tocar tierra mucho antes de mediodía.⁷ Si el viento, siempre caprichoso en estas latitudes, no cambiaba. Y si los patronos de las embarcaciones afrontaban con diligencia las complicadas y potentes corrientes de aquel mar.

Pero no había de qué preocuparse por el

momento, puesto que las noticias eran favorables. Las tropas transportadas en los viajes de los días anteriores habían desembarcado sin ningún problema. El territorio parecía desierto, aparte de las embarcaciones que se movían entre el río de *Carteia* y el fondeadero de la ciudad amiga de *Iulia Traducta*, que los verdaderos creyentes llamaban *al-Yazira al-Hadra*. No se esperaba ninguna reacción de los habitantes de esta ciudad, dependiente, como la de *Septem*, del conde Yulián.⁸ Este misterioso *comes Iulianus* era, sin duda, un cristiano relevante. Admitido por el rey Rodericus en su consejo privado cuando visitó la capital del reino visigodo, había quien decía que servía a dos señores: al occidental de Toledo, el que tenía más cerca y cuya amistad y confianza le eran imprescindibles para mantener su autoridad a ambos lados del Estrecho, y al oriental de Bizancio, el cruel Justiniano II. Pero esta historia más parece debida a sus detractores, que deseaban vincular su imagen con la del tirano bizantino, alimentando una leyenda que parece inspirada en la época de



Imagen 2.- Detalle de un relieve donde aparece Justiniano II.

⁵ LÓPEZ PEREIRA, J. E. *Crónica mozárabe de 754*, (edic. y trad.), Ed. Anúbar, 1980, p. 67 y ss.

⁶ VELA TEJADA, José y GRACIA ARTAL, Jesús. Estrabón, *Geografía*, Libros V-VII, Editorial Gredos, p. 78, n. 179.

⁷ Sin emplear la propulsión a remo, las galeras podían mantener una velocidad media de 5'5 nudos por hora, algo más de 10 kilómetros a la hora, si su gran vela cuadra llevaba el viento de popa. Éste de Levante o del segundo cuadrante que traemos como protagonista en el paso de Tariq, por lo habitual en el estrecho de Gibraltar, no entra exactamente por la popa de los barcos dado el rumbo nor-noroeste que habían de seguir. Los diferentes tipos de galeras heredados del mundo clásico no admitían la navegación con mala mar, porque podían embarcar mucha agua y llegar a perderse. Asimismo, el viento de través, perpendicular al eje de la nave, hacía imposible su gobierno con la vela desplegada, lo que obligaba a arriarlas y propulsarse con los remos. Un nudo es la distancia recorrida de una milla náutica por hora, es decir, unos 1852 metros por hora. Véase CASSON Lionel, *Speed Under Sail of Ancient Ships*, New York University, en *Transactions of the American Philological Association*, Vol. 82, 1951, pp.136-148. Disponible desde Internet en: <http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/secondary/journals/TAPA/82/Speed_under_Sail_of_Ancient_Ships.html> [con acceso el 05-12-2010].

⁸ "Julián, gobernador de Algeciras, de Ceuta y otros lugares", en Ibn el-Athir: *Annales du Maghreb & de l'Espagne*, E. Fagnan (trad. y notas), Typographie Adlophe Jourdan, Alger, 1898, p. 41.

la *Recuperatio Imperii*, cuando se instituyó la Provincia de Spania con centro en Carthago Nova. Entonces, siglo y medio atrás, Justiniano *el Grande* extendió el poder de Constantinopla hasta las Columnas de Herakles, quizás con el deseo callado de realizar la conquista de la antigua Hispania.

**El viento le llegaba entre la
amura de estribor y la popa,
hinchando la vela cuadrada,
que empujaba tensa la
embarcación, como un caballo
vigoroso**

Ésta nunca se llevó a efecto y el proyecto imperial quedaba demasiado lejos para que el señor de *Septem*, de *Iulia Traducta* y de toda la región de *al-Yazira al-Hadra* siguiese al servicio de Bizancio. Pero si todo eso fuese cierto, reflexionaba el caudillo bereber, en realidad tendría tres compromisos, pues aparte de ese juego a dos bandas, entre Hispania y Bizancio, contaba con las obligaciones contraídas con Musa, su señor común. En virtud de las cuales conservaba, al menos, el control sobre su ciudad del monte Hacho.

A pesar de la quietud que los primeros contingentes islamitas desembarcados habían encontrado en las costas peninsulares, las órdenes de Tariq eran determinantes. La vanguardia de su ejército había de buscar refugio en la escarpada ladera occidental del enorme peñón blancuzco que cerraba la bahía de *al-Yazira al-Hadra* por el Este. Era una montaña singular, completamente despoblada a pesar de la abundancia de cal para construcciones de su suelo, donde los navegantes fenicios habían hecho escala en tiempos remotos sólo para ofrecer sacrificios a sus dioses y gozar de favorables travesías. A salvo de temporales, monstruosas criaturas marinas y feroces piratas acechantes en las calas recónditas de su ruta hacia las Hespérides. Entre sus cortados poblados de pajarracos y bajo los tupidos acebuches, la vanguardia que mandaba Tarif debía aguardar su llegada, ya que no había ninguna fortaleza en aquel lugar que pudiera servirles de refugio o protección. Sus crestas eran, cuando las nubes no lo impedían, un magnífico oteadero de los mares y territorios circundantes, pero no habían

atraído suficientemente la atención del hombre para establecerse en ellas. Posiblemente por la mayor comodidad que ofrecían las tierras del otro lado de la bahía, más accesibles, con fondeaderos protegidos en las bocas de sus ríos y con buenas tierras de cultivo a la mano. Los bereberes ya desembarcados harían tiempo, discretamente, hasta que Tariq llegase, confiando en que cualquier mirada curiosa hubiese confundido las embarcaciones que los habían traído con las que hacían el tránsito comercial cotidiano entre ambas orillas del Estrecho. No debían fiarse de la calma aparente que reinaba en la región, donde sabían podía haber tropas que vigilasen la frontera sur de aquella convulsa Hispania, quizás alerta por la cabalgada del propio Tarif ibn Mallik del año anterior. La incapacidad de Yulyán para rechazarla, como señor de la región de *al-Yazira al-Hadra*, parecía haber atraído la atención de Toledo, mandando algunos contingentes de caballería que podían resultar demoledores si sorprendían a los musulmanes en plena operación de desembarco, en inferioridad numérica, desorganizados, mareados por la travesía y con los caballos inquietos y bajando de las naves. Todos estaban advertidos de que esa quietud también podía ser sólo pronóstico de la llegada del grueso del ejército godo de Rodericus, empeñado todavía en la lucha con los vascones en el norte, pero que acudiría a uña



Imagen 3.- Columnas de Herakles, hasta donde se extendía el poder de Constantinopla.

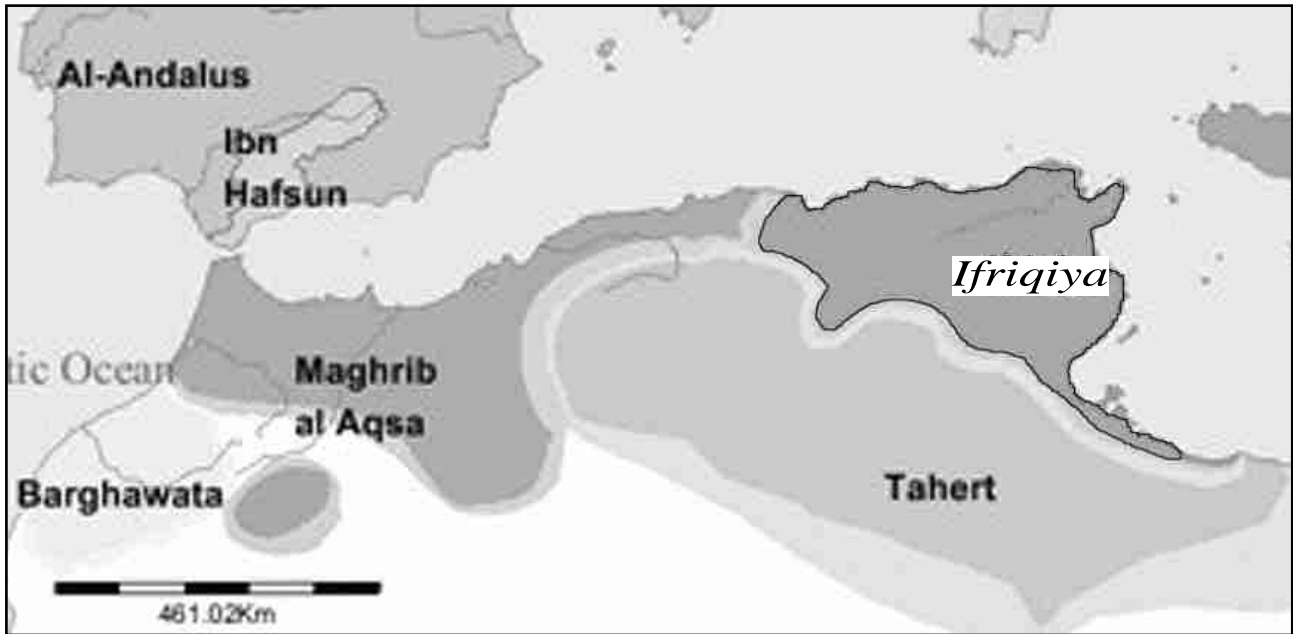


Imagen 4.- Ifriqiya ocupaba aproximadamente el territorio que corresponde a la actual Túnez.

de caballo tan pronto tuviese noticia de la amenaza islamita. Y, para entonces, él mismo estaría al frente de sus tropas para demostrarles cómo luchaban los ágiles guerreros de las arenas, los curtidos montañeses del Atlas y algunos fieros árabes que preferían la cimitarra a los mullidos almohadones de sus palacios.

Durante las últimas horas de la noche, en la costa de *Septem*, mientras la calma seguía haciendo posible la navegación, Tariq había supervisado al resto de sus tropas y la carga de los barcos que habían regresado a golpe de remo, viendo relevadas de inmediato sus tripulaciones. Había impartido órdenes, recordado a sus lugartenientes las instrucciones para el momento de desembarcar y las acciones a ejecutar en todas las situaciones que se pudiesen dar al pisar tierra hispana, hasta contactar con los guerreros que los habían precedido en las anteriores travesías.

Ya quedaba poco para alcanzar la otra orilla. Ahora, cuando la luz del día iba despejando las tinieblas inquietantes, los rociones de agua le salpicaba a veces el rostro. El gusto salobre le causaba una incierta impresión. Era un sabor extraño para un beréber de las tierras altas a oriente de *Ifriqiya*, donde la sal era un bien preciado y el agua, escasa, era siempre dulce.

El viento le llegaba entre la amura de estribor y la popa, hinchando la vela cuadrada, que empujaba tensa la embarcación, como un

caballo vigoroso. La proa cabalgaba con entusiasmo sobre olas limpias, despuntadas en briznas de espuma, en un mar azul turquesa cada vez más brillante. Escuchaba sólo el crujido del mástil, el gualdrapeo de la lona a ratos, cuando la nave perdía brevemente el rumbo ideal, rápidamente rectificado por los marinos de la ciudad norteafricana.

Sentía náuseas. La inestable embarcación era el asiento más extraño que pudiera ofrecerse a un guerrero habituado al seco golpeteo de los cascos de su montura en terrenos polvorientos y pedregosos, siempre atento a las rutas del comercio terrestre que recorrían el norte de África, de espaldas al mar. Sus compañeros de armas, bereberes recientemente convertidos a la fe verdadera, como él mismo, sufrían del mismo modo la presencia inquietante del mar que los rodeaba, amenazador, capaz de engullirlos repentinamente, sin previo aviso. A pesar de la quietud reinante, que arrancaba muecas burlonas a la tripulación cada vez que alguno de ellos se retorció sobre la borda, entre arcadas inevitables y bufidos nerviosos de caballos encinchados.⁹

Tariq volvió a centrar su pensamiento en las horas próximas, que serían determinantes para el éxito de la empresa que acometía. Enfrente no había grandes fortalezas que asaltar. Eso vendría más adelante, cuando enfilasen un valle inmenso, fértil, plagado de aldeas y ganados. Las tierras que decían de *Asido*, de *Xerez* y de *Hispalis*, de *Astigi*, en la ruta hacia *Corduba*...

⁹ BENEROSO SANTOS, J. "La incursión de Tarif ibn Mallik en 710. Preludio de una invasión", conferencia pronunciada en Tarifa el 23 de septiembre de 2010, con motivo de los actos conmemorativos del XIII centenario de la primera incursión árabe a España. Disponible desde Internet en: < <http://www.tarifa2010.com/conferencia2.pdf> > [con acceso el 08-12 2010].

Pero nada parecido en la región de *Traducta*. Estaban bien informados por la gente de Yulyán. Los godos parecían ser gentes poco amigas de la civilización urbana. Apenas si mantenían las ciudades que les fueron ocupando

A orillas del Estrecho sólo iba a encontrarse con el oppidum de al-Yazirat Tarif

a los romanos 250 años atrás y las calzadas que recorrieron toda Hispania desaparecían lentamente entre el progreso de la vegetación y el abandono de los nuevos dirigentes. Tariq no quería dejarse invadir por la euforia que produce el desprecio del enemigo, creyéndose superior. Sabía bien que era esa una mala consejera en vísperas de la batalla, pero las noticias de los conflictos internos de los visigodos, sus divisiones, su tardanza en extender el dominio sobre todo el territorio lo impulsaban a verse vencedor aún antes de haber formado sus huestes en orden de batalla.

A orillas del Estrecho sólo iba a encontrarse con el *oppidum* de *al-Yazirat Tarif*, las murallas romanas de *Traducta*¹⁰ y las de *Carteia*. Nada cabía temer de ninguna de ellas. Tarifa, como otros minúsculos núcleos fortificados dispersos por todo el territorio, apenas si bastaría para ofrecer cobijo a sus moradores y a los campesinos de los alrededores. Esa era la fórmula más común en un espacio sin grandes núcleos urbanos, que sufrían en toda Hispania la recesión que siguió a la desmembración del

imperio de Roma.¹¹ Algunas empalizadas, murallas decadentes y añorantes de tiempos pasados y mejores, sin guarniciones militares dignas de tal nombre y, por tanto, despreciables para una fuerza invasora como la que encabezaba el líder musulmán. En el resto del territorio, algunos *castra* miserables, verdaderos nidos de águila inaccesibles; unos *al-sajra* encaramados a rocas de los que nada cabía temer. Con frecuencia, reconversiones de *villae* para sobrevivir en tiempos tan convulsos como aquéllos. Pero era voluntad de Tariq que ninguna molestia se causase a los habitantes de esas tierras, que habían de acogerlos como libertadores del yugo visigodo. O, al menos, no convertirse en sus enemigos, porque si las cosas venían mal dadas, aquella sería su vía de escape para alcanzar la costa norteafricana. Y, en plena retirada, ningún enemigo es pequeño.

En el resto del territorio, algunos castra miserables, verdaderos nidos de águila inaccesibles

Yazirat Tarif, quizás la punta o la península de Tarifa, ocupaba un cerro a cuyos pies rompía el mar, con una isla delante. La punta rocosa avanzada sobre el mar quedaba delimitada por el norte por la depresión de un arroyo y, por el sur, por el acantilado litoral.¹² Este lugar,

¹⁰ Véanse JIMÉNEZ-CAMINO ÁLVAREZ, R. y BERNAL CASASOLA, Darío “Redescubriendo a Traducta. Reflexiones sobre su topografía urbana y su secuencia ocupacional (siglos I al VII), en *Anales de Arqueología Cordobesa*, Vol. 18, 2007, pp. 157-200 y JIMÉNEZ-CAMINO ÁLVAREZ, R. y otros, “De Iulia Traducta a al-Yazirat al-Hadra. La Algeciras de los siglos VI al VIII a través de la excavación arqueológica de la calle Alexander Henderson, 19-21”, en *Primer Congreso Internacional sobre “Espacios urbanos en el Occidente Mediterráneo (S. VI-VIII)”*, Toledo, 2009, pp. 91-100.

¹¹ Sobre la decadencia urbana en esta región desde el siglo IV, véase PRESEDO, F. “La decadencia de Carteia”, *Habis*, Vols. 18-19, Sevilla, 1987-1988. Hablan de la continuidad población algunos autores: RIPOLL, G. “Los hallazgos de época hispano-visigoda en la región del Estrecho de Gibraltar”, *Actas Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar (Ceuta-1987)*, Vol. 1, UNED., Madrid, 1988, p. 1.130 y BERNAL CASASOLA, D. y LORENZO MARTÍNEZ, L. “La arqueología de época bizantina e hispano-visigoda en el Campo de Gibraltar. Primeros elementos para una síntesis”, *Caetaria*, Vol. 3, Algeciras, 2000, pp. 97-134.

¹² Vallvé Bermejo propuso que el nombre de la ciudad procediera, precisamente, del vocablo árabe *tarf*, “punta”. VALLVÉ BERMEJO, J. *Nuevas noticias sobre la conquista árabe de España. Toponimia y*

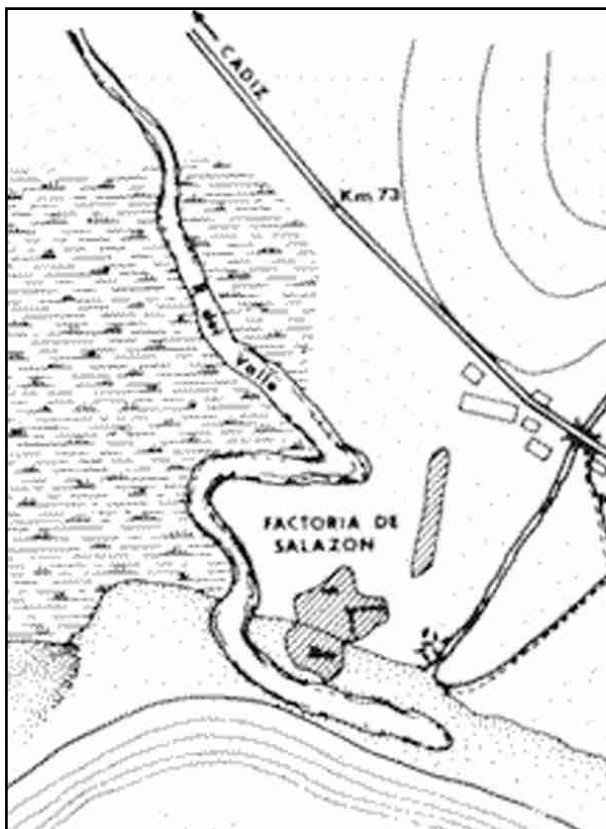


Imagen 5.- Mellaria, situación geográfica (según Bonsor).

conocido como “isla de al-Andalus” hasta la expedición de Tarif del año anterior, que le dio su nuevo nombre, era un arsenal de los cristianos, “desde el que zarpaban sus embarcaciones”.¹³ Ellos la llamaban *Mellaria*, pero ese nombre nada decía a los musulmanes y nunca lo usaban para designar el punto más meridional de Hispania. Sus endebles murallas no suponían amenaza alguna para los invasores, ni era su intención atacarlas para encontrar poco más que un templo pagano.

Tampoco había que prestar atención a las islas del litoral, una frente a Tarifa y otra delante de *al-Yazira al-Hadra*. Se encontraban deshabitadas, sin construcciones, aunque sí tenían agua. Pero era difícil desembarcar en ellas por los escollos que las rodeaban y la cercana tierra firme era preferible para cualquier asentamiento con carácter permanente. La gente de la mar llamaba a ambas, por igual, isla de las Palomas, decían que por la espuma blanca que las olas levantaban al estrellarse contra su

perímetro rocoso, semejante a los muros de una ciudadela.

Más allá de Tarifa, *Baelo*, abandonada casi dos siglos atrás, era un campo de ruinas que tampoco requería atención militar. Sus piletas de salazones hacía mucho que no envolvían en salmuera los jugosos atunes que, periódicamente, entraban y salían del Mediterráneo. Ni preparaban las jugosas salsas que condimentaron las mesas más exquisitas del imperio de los romanos. Sus maltrechas columnatas, desbaratadas en mil piezas, sólo servían de cobijo a los cuervos y las alimañas del bosque, aunque algunos pobres pescadores malvivían entre ellas. Siguiendo la costa en sentido inverso, hacia el Atlántico, encontraría *Baessippo*. En la desembocadura del río de su nombre, no merecía más atención que la de recordar un embarcadero aprovechable en caso de retirada apresurada. O, mejor aún, como lugar en el que encontrar provisiones durante el inminente camino hacia el Oeste.

Carteia, por su parte, había perdido tanto su pasada relevancia como el pulso del predominio regional a favor de *Traducta*.¹⁴ Sus murallas púnicas y romanas yacían desportilladas, apriscos apenas capaces de recoger los ganados y ponerlos al amparo de lobos y salteadores. La decadencia de las rutas comerciales, el saqueo vándalo, las luchas de los visigodos para lograr la expulsión de los bizantinos, la extensión de la

***Carteia, por su parte,
había perdido tanto
su pasada relevancia
como el pulso del
predominio regional
a favor de Traducta***

piratería y la sombra alargada de la vecina ciudad del *Nahr-Alaseli* [río de la Miel] habían arrastrado a la orgullosa *Colonia Libertinorum Carteia* a la postración que precede a la pérdida definitiva de las

onomástica, Madrid, 1989, pp. 46-58.

¹³ *Ajbar Machmuâ. Colección de tradiciones. Crónica anónima del siglo XI*, E. Lafuente Alcántara (trad. y notas), Real Academia de la Historia, 1867, p. 20, en TORREMOCHA SILVA, A. *Fuentes para la historia medieval del Campo de Gibraltar (ss. VIII-XV)*, Los Pinos Distribución y Conservación, 2009, pp. 371- 372.

¹⁴ Hay autores que consideran que este trasiego de capitalidad regional no habría de ocurrir hasta después de la invasión. Véase MANZANO MORENO, E. *Conquistadores, emires y califas. Los Omeyas y la formación de al-Andalus*, Ed. Crítica, 2006, p. 261.



Imagen 6.- Ruínas de Carteia.

ciudades.¹⁵ Y sus habitantes tenían mucho que ganar con la implantación de un nuevo poder en la región que activara los reducidos circuitos comerciales de Hispania con la *Mauritania Tingitana*.¹⁶

Iulia Traducta era el emporio decadente de los tiempos del esplendor romano en la región,¹⁷ todavía con edificios relevantes y alguna airosa torre descollando en sus murallas, con su zona portuaria de *Portus Albus* a orillas del río, aún restañando las heridas del paso de los vándalos.

Cetaria, al Sur de esa doble ciudad, fue también lugar costero, industrial, alfarero y salazonero, cuyo nombre ya nadie recordaba, sin siquiera vestigios relevantes que reclamasen ser rescatados del olvido de los hombres.¹⁸

Barbésula y *Borondo*, más allá de la bahía, hacia Levante, camino de *Salduba*, languidecían como tantos otros lugares venidos a menos, entre alfares silenciosos y viviendas abandonadas y en ruinas. Pobres moradas de algunos pastores y de pescadores que no tenían otro lugar mejor al que marcharse a vivir.¹⁹

A espaldas de los recién llegados quedaba la ciudad de *Septem*, amurallada por los imperiales de Justiniano, sobre antiguos muros que se decían romanos.²⁰ Las defensas bizantinas

¹⁵ *Carteia* ya había padecido una crisis notable a mediados del s. I d.C. cuando César la pasó por las armas a causa de su apoyo a Pompeyo en la guerra civil que sostuvieron ambos. BRAVO JIMÉNEZ, S. *Dinámicas de control ideológico y territorial en el estrecho de Gibraltar en épocas fenicia, púnica y romana*, UNED, 2010, p. 264. Disponible desde Internet en:

< <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=tesisuned:GeoHis-Sbravo&dsID=Documento.pdf> > [con acceso el 01-04-2011].

¹⁶ GÓMEZ DE AVELLANEDA SABIO, C. "La Carteia medieval y la fortaleza denominada <Torre de Cartagena>", *Almoraima* 17 (1997) 107-120; ROLDÁN GÓMEZ, L.; BENDALA GALÁN, M.; BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; MARTÍNEZ LILLO, S. *Carteia II*, Cepsa, Junta de Andalucía, Madrid, 2003.

¹⁷ BERNAL CASASOLA, D. "Las industrias de salazón de época romana en *Iulia Traducta* (Algeciras, Cádiz). Espectaculares novedades arqueológicas", *Revista de Arqueología*. 249 (2002). Argumento esencial para ubicar Traducta en la Villa Vieja de Algeciras es que, al norte del río de la Miel, los vestigios de la ciudad islámica más temprana, de época emiral, asientan directamente en el geológico, sin vestigios de ningún asentamiento romano. Véase SUÁREZ, J.; TOMASSETTI, J. M. y JIMÉNEZ-CAMINO, R. "Algeciras altomedieval. Secuencia arqueológica al norte del río de la Miel: del siglo IX al siglo X", *Almoraima* 33 (2006) 359-390. Al sur del río se encuentra el complejo industrial de piletas de San Nicolás; BERNAL CASASOLA, D.; JIMÉNEZ-CAMINO, R.; LORENZO, L.; TORREMOCHA, A. y EXPÓSITO, J. A. "Las industrias de salazón de Traducta. Espectaculares hallazgos arqueológicos en la c/ San Nicolás 3-5 de Algeciras", VII *Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar*, *Almoraima* 29 (2003) 163-183 y JIMÉNEZ-CAMINO, R. y BERNAL CASASOLA, D. "Redescubriendo a Traducta. Reflexiones sobre su topografía urbana y su secuencia ocupacional (ss. I-VII)", *Anuario de Arqueología Cordobesa* 18 (2007) 157-200.

¹⁸ PONSICH, M. *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geo-económicos de Bética y Tingitania*, Universidad Complutense, Madrid, 1988, p. 187.

¹⁹ GÓMEZ ARROQUIA, M^a I. y otros, "El asentamiento romano de Borondo-Guadalquitón (San Roque, Cádiz): nuevos datos sobre el comercio de las salazones en el sur peninsular", *Almoraima* 29 (2003) 151-162.

²⁰ Procopio de Cesarea menciona una muralla abandonada cuando llegan las tropas imperiales, tras haber sido descuidada por los vándalos. HITA RUIZ, J. M. y VILLADA PAREDES, F. "En torno a las murallas de Ceuta", *Actas de las I Jornadas de estudio sobre fortificaciones y memoria arqueológica del hallazgo de la muralla y puerta califal de Ceuta*, Ceuta, 2004, p. 26.

habían protegido una base militar con 300 *milites* y una flota de *dromones* muchos años atrás,²¹ una potencia inimaginable en los tiempos que corrían, cuando Tariq debía emplear unos pocos barcos para trasladar en muchos viajes a sus tropas para atacar el país de los politeístas. Las murallas de la ciudad norteafricana, bajo la atenta mirada de la fortificación en la cima del Hacho como excelente observatorio del Estrecho, permanecían bien guarnecidas entonces por las tropas de su aliado Yulyán.

Una fortificación en la cima del Hacho como excelente observatorio del Estrecho

Extraños estos cristianos del conde don Yulyán, pensaba Tariq. Conducían con diligencia a quienes debían considerar sus enemigos, los seguidores de Mahoma, para llevarlos a hacer la *yihad* a sus hermanos de Hispania. ¿Tan ambicioso era para traicionar a los suyos? ¿O tal vez había de dar crédito a lo que se contaba, que el señor de *Septem* actuaba de esta manera por despecho? Que el rey de los cristianos le había violentado a Florinda,²² la hija que le mandara para ser educada en su corte de Toledo.²³ Y que ahora buscaba venganza de la manera más cruel que había alcanzado a imaginar, franqueando el paso del Estrecho al enemigo llegado del Este, que venía impulsado por una fe inquebrantable, por el hálito divino de la guerra justa. O quizás, más prosaicamente, del deseo de huir de sus vidas miserables en el paupérrimo territorio norteafricano para encontrar las riquezas sin cuento que se decía existían en

el país de los Rum. Como él mismo, que nada dejaba detrás y esperaba el mayor de los éxitos o, por el contrario, el final ignominioso a sus días.

Los trazos de la costa de enfrente perdían su aspecto fantasmal y adquirían claridad, poco a poco. El sol hacía reverberar una montaña blanca, solitaria, a la derecha, escalonada desde el mar hasta las crestas coronadas por una nube grisácea, mientras las proas enfilaban la enorme ensenada rodeada de cerros preñados de color, de montes verdes y fragosos.

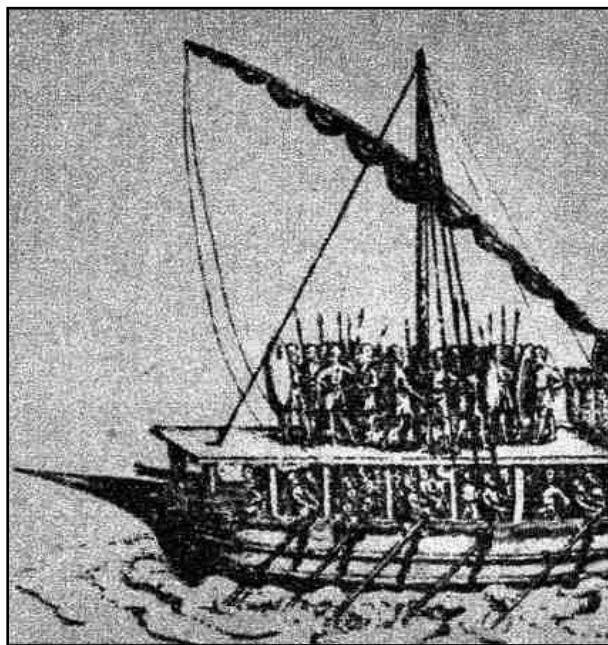


Imagen 7.-Navío árabe.

Las naves avanzaban velocísimas. Playas blancas a lo largo de toda la costa, sobrevoladas por chillonas gaviotas. Alguna vaca, ramoneando en los cercanos prados, levantó curiosa la testa. Arenales colorados, a la derecha, al pie de la roca blanquísima, en llamativo contraste más allá de las olas que salpicaban entre los bajíos amenazantes.

Vio bajar desde aquella montaña a su vanguardia, impetuosos bereberes, impacientes por entrar en acción después de su prolongada inactividad en las inmediaciones de *Septem* al

²¹ HITA RUIZ, M. y VILLADA PAREDES, F. “De Septem Frates a Sabta”, *Actas del II Congreso Internacional “La ciudad en al-Andalus y el Magreb”*, Granada, 2002, p. 486. GOZALBES CRAVIOTO, E. “Huellas de la Antigüedad en la Ceuta Medieval”, en *Ceuta en el Medievo: La ciudad en el universo árabe. II Jornadas de Historia de Ceuta*, Ceuta, 2002, p. 28.

²² Al-Razi, Ahmad ibn Muhammad ibn Musa, *Crónica del Moro Rasis, versión del Ajbar Muluk al-Andalus... romanizada para el rey don Dionis de Portugal hacia 1300 por Mohamad, alarife, y Gil Pérez, clérigo de don Perianes Porçel*, Diego Catalán y M^a Soledad de Andrés (ed.), Gredos, 1974, p. 346.

²³ “Relación de la conquista de España por Ibn Abd al-Hakam” en *Ajbar Machmuâ. Colección de tradiciones. Crónica anónima del siglo XI*, E. Lafuente Alcántara (trad. y notas), Real Academia de la Historia, 1867, p. 208.



Imagen 8.- El paso de los árabo-bereberes a la conquista de la península Ibérica. (Biblioteca Nacional de Paris).

finalizar su triunfal recorrido por las orillas del sur del Mediterráneo. Cansados, también, de aguardar la llegada de Tariq. Con su lugarteniente al frente.

Barcos varados en la arena; maniobras de desembarco, apresuradas; planchones desde la borda, bajando animales excitados, entre soplidos de bestias y gruñidos de hombres, renegando. ¡Alerta, los godos!

Allí estaba el escuadrón del que habían oído hablar, surgiendo entre el polvo de su propia estela, lejos, en el camino del puente de *Carteia*.

Voces de mando de Tariq. Rigurosas, imperativas. Se reúnen los invasores, forman las haces. La caballería de hombres del norte se acerca, pero pierde impulso con la proximidad. ¿Cansancio de las cabalgaduras por el exigente arenal o ánimo decaído a la vista de un enemigo más numeroso del esperado?

La gente de Tariq aprieta las filas, a pie firme, con el flanco izquierdo apoyado en el mar. Las lanzas en ristre. Tensos todos y muchos asustados, ¿por qué no? Más arriba, su caballería, hacia las dunas, caracoleando antes de lanzarse en movimiento envolvente que desbaratase la carga cansina que se aproxima.

El sol, aunque ya alto, deslumbra al enemigo. Las galeras se retiran. No hay marcha atrás posible. La montura del caudillo se levanta

sobre sus pies justo antes del choque.
¡Allah akbar!

La providencia está con Tariq y los suyos.

La victoria fue tan breve como decisiva.

Los godos no habían calibrado sus fuerzas, o las habían menospreciado. Ya ninguno podría contarlos. Los musulmanes se repartieron sus caballos, sus anillos y sus armas. La empresa comenzaba con los mejores augurios.

Carteia no ofreció resistencia. *Iulia Traducta* apenas hubiese tenido ocasión de hacerlo. Sombra de su anterior esplendor, sus murallas tal vez hubiesen resistido un tiempo. Sobre todo ante un oponente sin máquinas para batirlas y asaltarlas, pero la mediación de Yulián había previsto la capitulación pactada. Sus habitantes, que sufrían como la vecina *Carteia* la decadencia de las rutas mercantiles, con sus piletas para la conserva de pescados ya desmochadas y los templos criando jaguarzos, garantizaban la vida y la hacienda. A cambio, su arsenal sería controlado por los bereberes para establecer un nexo estable con la otra orilla del Estrecho. Una vía de llegada de las tribus norteafricanas que se sintieran atraídas por la garantía de botín en la nueva y desconocida frontera. Y la salvaguarda de una retirada garantizada.²⁴ Por si las cosas se torciesen.

²⁴ LÉVI-PROVENÇAL, E. *España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba, 711-1031 de J.C.*, Historia de España, Vol. IV, Espasa-Calpe, Madrid, 1967, p. 13.

Pero no había tiempo para la holganza, pues todo estaba por hacer. El pequeño ejército, bien provisionado, hubo de tomar el camino del interior, sin pausa. Poner rumbo al valle del *Betis*, entre umbríos alcornoques, hacia el corazón de aquella parte del país y donde estaban las tierras más ricas y las ciudades más atractivas. *Dar al-Islam* quedaba ahora a sus espaldas. Ante ellos, tras los bujeos y los bosques infinitos, “la casa de la guerra”, *Dar al-Harb*, sobre la que los musulmanes tienen el derecho de expandirse y la obligación de llevar la fe verdadera. Debía buscar el mejor lugar para presentar combate a los guerreros de Rodericus, que ya debían estar en camino.

**Algún pecado
inconfesable debía
arrastrar consigo ese
monarca**

Y, al poco, las avanzadillas dieron aviso de su llegada. Mucha gente, al parecer extenuada por una marcha apresurada desde el norte, atravesando toda Hispania. Caballería pesada poco hábil para esos rápidos traslados por el enorme lastre que transportaba. Y muchos peones agotados por la falta de descanso. Llegado el momento, Tariq, el *Tuerto*, volvió a encomendarse a su Dios, el único verdadero. Ironías de la vida, se decía.

Ahí forma un rey con su ejército plagado de traidores. Sin saber Rodericus que los hijos de Witiza, el monarca anterior, nunca lo aceptarían en el trono de su padre.

Aquí forman los musulimes, traídos por Yulyán, empujado a su vez por el comportamiento miserable de ese mismo rey Rodericus. Por el honor de su hija, por la memoria de Florinda, a la que ya siempre llamarán la *qahba*, la manceba.²⁵ Pero algún pecado inconfesable debía arrastrar consigo ese monarca, cuando la sombra de la traición lo perseguía para hacerlo desaparecer, a él y a los suyos, de la faz de la tierra. Para siempre.

Anotaciones del autor:

Los relatos de la invasión islámica de Hispania del siglo VIII son tantos como numerosas son las versiones que pueden encontrarse, especialmente para los primeros compases de la misma.

Con frecuencia han sido utilizadas con afán partidista, dependiendo de las hipótesis de partida que se hayan querido respaldar con dichas referencias cronísticas. Entre las múltiples interpretaciones de los acontecimientos que conducen al hundimiento de la Hispania visigótica y al nacimiento de al-Andalus, deben atenderse algunas singularidades: la proliferación de leyendas vinculadas a la irrupción norteafricana en la Península (canibalismo de los invasores, el ensueño de Tariq, la anciana de Algeciras, la casa de los cerrojos de Toledo, etc.),²⁶ que

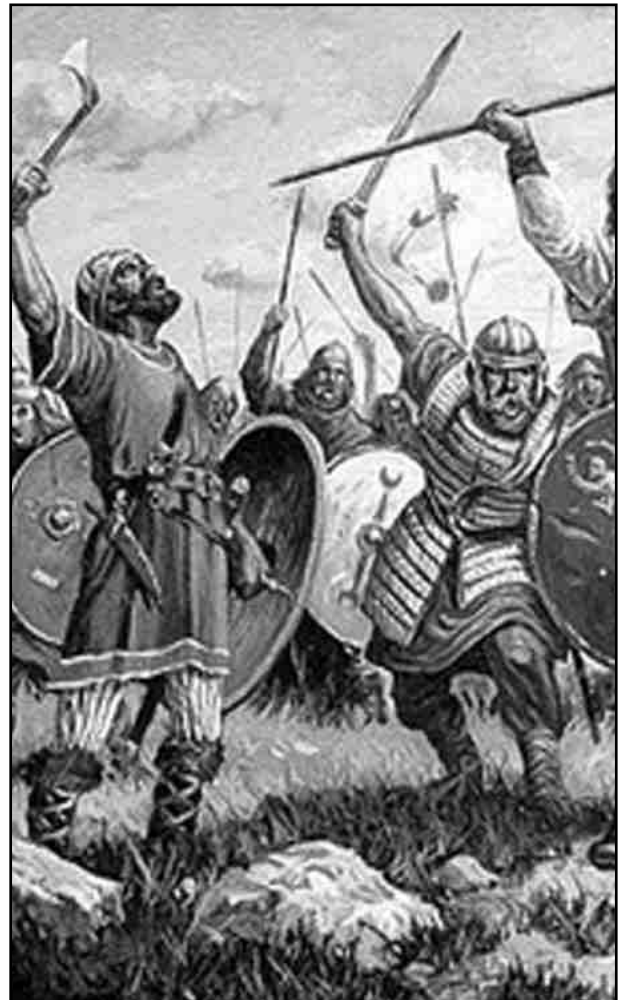


Imagen 9.-Representación de una carga Visigoda.

²⁵ “Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales”, en SEGURA GONZÁLEZ, W. *Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa*, (selección de textos y notas) *Al Qantir* 10 (2010) 2.

²⁶ Todas estas leyendas en “Conquista de España por los árabes, según se refiere LAFUENTE Y ALCÁNTARA, E. en *Al-Makkari* 1 156 y ss.” en *Ajbar Machmuâ (Colección de tradiciones. Crónica anónima del siglo XI)*, (trad. y ed.), Colección de obras arábigas de Historia y Geografía, Real Academia de la Historia, Madrid, 1867, Vol. 1, p. 171-208.

amplifican el carácter legendario de los hechos; la exageración en las cifras, sobre todo de tropas implicadas en combates, al objeto de exaltar el valor de las propias;²⁷ la diferente credibilidad que suele concederse a las distintas fuentes, valorándose especialmente las más cercanas a los hechos narrados y menos, en consecuencia, a las tardías, por más que entre estas recopilaciones tardomedievales puedan figurar tradiciones de alto interés.

En este ejercicio de recreación histórico-literaria, hemos navegado entre muy diferentes versiones de los hechos, extrayendo elementos de algunas de ellas para ofrecer un relato verosímil que permitiese cumplir el encargo recibido para contribuir a la conmemoración de este 1.300 aniversario de la invasión: ofrecer un panorama verídico de la situación de las defensas que las fuerzas de Tariq ibn Ziyad pudieron encontrar al pisar suelo andaluz.

Para cada argumento de los empleados cabrá encontrarse algunas fuentes que lo respalden y otras tantas que lo contradigan, sin duda. La fecha de la invasión, en primavera²⁸ o en otoño;²⁹ el origen del propio Tariq, beréber³⁰ o persa;³¹ el papel, el carácter y la relevancia de Julián,³² Yulyán,³³ Urbano³⁴ o *comes Iulianus*³⁵... Dos siglos de historiografía permiten abundar ampliamente en estos temas.

Quede aquí nuestra recreación de los hechos, a la luz de algunas de las fuentes y, sin poderlo evitar, a la sombra de otras.³⁶



Imagen 10.- Músicos, guerreros y portaestandartes de un ejército islámico (miniatura del "Maqamat" de Al-Hariri, s.XIII).

²⁷ Tanto el *Ajbar Machmuâ* (*ibidem*) como Ibn al-Kardabus, *Historia de al-Andalus*, MAÍLLO, F. (ed.), Ed. Akal, 1986, pp. 52-61, refieren los 12.000 hombres de Tariq frente a los 100.000 de Rodrigo, que son 70.000 para otros autores: ANTUÑA, MELCHOR, M. "Notas de Ibn Abi Riqac de las lecciones de ibn Habib acerca de la conquista de España por los árabes", *Cuadernos de Historia de España*. 1-2 (1944) 248-268, en *Al Qantir, Op. Cit.*, p. 19.

²⁸ EL-ATHIR, Ibn *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, E. Fagnan (trad. y notas), Typographie Adlophe Jourdan, Argel, 1898, p. 43.

²⁹ CONDE, J. A. Muhammad al Hammudi al-Idrisí, *Descripción de España*, (trad. y notas), Impr. Real, 1799, p. 34 y MAÍLLO, F. Ibn al-Kardabus, *Historia de al-Andalus*, (ed.), Ed. Akal, 1986, pp. 52-61.

³⁰ MOLINA, Luis. *Dikr, Una descripción anónima de al-Andalus*, (ed. y trad.), C.S.I.F., Vol. 2, Madrid, 1983, p. 106.

³¹ DOZY, R., *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age*, Oriental Press, 1965, Vol. 1, p. 43.

³² Entre otras muchas fuentes, Ibn el-Athir: *Annales du Maghreb & de l'Espagne*, E. Fagnan (trad. y notas), Typographie Adlophe Jourdan, Alger, 1898, pp. 40-44.

³³ RIVERA, J. Ibn al-Qutiyya, *Historia de la conquista de España por Abenalcotía el Cordobés*, (trad.), Real Academia de la Historia, 1926, p. 1-6 y Al-Nawayri, "Conquête e l'Afrique seteptrionale par les musulmans et histoire de ce pays sous les émirs arabes", en Ibn Khaldoun: *Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, Barón de Slane (trad.), Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1978, tomo 1, p. 343-348.

³⁴ LÓPEZ PEREIRA, J. E. *Crónica mozárabe de 754*, (edic. y trad.), Ed. Anúbar, 1980, p. 75.

³⁵ SEGURA GONZÁLEZ, W. "La incursión de Tarif ibn Mallik en 710. Preludio de una invasión", en *Al Qantir. Monografías y Documentos sobre la Historia de Tarifa*, (selección de textos y notas) 10 (2010) 4. Las opiniones más autorizadas sostienen que más que nombre propio, Yulyan sería "denominación del cargo que ostentaban los regidores del Estrecho, *Comes Iulianus*, del nombre de *iulia Traducta* (Algeciras)". Véase HITA RUIZ, M. y VILLADA PAREDES, F. "Medina Sabta", *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000* 1 (2009) 209.

³⁶ Una clarificadora perspectiva de los intereses que inspiraron el sentido de las crónicas islámicas en MANZANO MORENO, E. *Op. Cit.*, p. 37 y ss.